

metropolitanos y ecopolitas

jaime xibillé muntaner*

Sinopsis: "Se abordan las mutaciones sufridas por el ser urbano dadas las nuevas condiciones espacio-temporales y tecnológicas en lo que se ha venido llamando la metrópolis. A las anteriores naturalezas (primordial, orgánica, artesanal, mecánica, cibernética) se le superponen la naturaleza "tele" y la naturaleza "eco". Los nuevos agenciamientos constituyen a un nuevo ser metropolitano y ecopolita. Es así como hoy podemos considerarnos verdaderos mutantes".

Argumento

La metrópolis puede decirse —sin que se tome por una boutade— que nace en el

fondo de las minas inglesas. Es el fruto de varias conjunciones. La vía férrea, la máquina de vapor, el vagón. La naturaleza mecánica se desposa con el nacimiento de la química y la física. Surge así un nuevo impulso de la naturaleza mecánica llevada a su punto culminante gracias a la nueva naturaleza cibernética.

La metrópolis se constituye a partir de las nuevas dimensiones espacio temporales que genera el ferrocarril. Con él se produce una desterritorialización masiva que abarca tanto a los hombres como a las cosas. Estas últimas dejan de ser objetos para pasar a ser productos intercambiables en los grandes mercados; todo se vuelve mercancía. El ser humano ingresa en nuevos agenciamientos, su cuerpo entra a la era cibernética, una nueva naturaleza lo envuelve. Así el campesino conectado con los medios de transporte puede convertirse en soldado y ser transportado en pocas horas a cualquier lugar del territorio que ahora

se convierte en nación. La lechuga, la papa, cualquier producto de la tierra abandona su antigua naturaleza orgánica para cambiarse por el de mercancía en su nueva naturaleza cibernética: objeto de intercambio en los grandes centros urbanos. Los hombres también llegan allí para asumir su nuevo estatuto de mano de obra libre, de obreros y trabajadores urbanos es decir en proletariado industrial.

La cultura urbana en la segunda mitad del siglo XIX, ve emerger ciudades como Barcelona, París, Viena con sus ensanches, con sus boulevares haussmanizados, con sus Ringstrasses, son las ciudades de una memoria "tele" —que al igual que los mensajes telegráficos— descontextualiza el lugar de nacimiento de los productos culturales y los pone a circular libremente por el territorio. Así esta cultura urbana "tele" elabora su propia memoria "collage" haciendo que las formas circulen también como los objetos mercancías libremente por el espacio y el tiempo. Esta es la ciudad del historicismo, del revivalismo, de los "neo", del eclecticismo.

El hombre urbano deja de ser una persona que vive en un espacio más grande y agitado, es mas bien un nuevo ser el que se va configurando tal como lo relatan poetas como Baudelaire, sociólogos como Tönnies y Simmel.

Este ser urbano es un personaje cuyas vivencias se vuelven más veloces, más efímeras, más fugitivas —como diría Baudelaire—, pasa de los agenciamientos de la "comunidad" en la cual los cuerpos estaban sometidos a un control permanente, pero también a un cuidado: su presencia no era indiferente sino todo lo contrario, su cuerpo tenía nombre, pertenecía a un lugar, tenía un tiempo, ancestros, y lazos que lo ubicaban rígida y jerárquicamente en dicha comunidad.

La ciudad que nos canta Víctor Hugo, Edgar Allan Poe, Ch. Baudelaire es la ciudad del extrañamiento pero no como condición negativa sino como nueva situación del ser metropolitano. La muchedumbre se convierte en la figura urbana por excelencia,

es el lugar del anonimato, del flujo permanente donde el criminal encuentra su refugio.

Habría que mirar con detenimiento las nuevas vivencias que el espacio-tiempo urbano crean para el ser humano como categoría de su nueva manera de ser.

Georg Simmel señala algunas estableciendo las relaciones entre las grandes ciudades y la vida del espíritu. Recordémoslas:

1. La afectividad

El hombre metropolitano es un ser que vive cada vez más agitadamente, las impresiones lo acosan por doquier y se produce una intensificación de la vida nerviosa abandona la vida tranquila y sosegada por el ritmo trepidante de las calles, por la velocidad en que todo se produce, en la rapidez del choque de los estímulos que incesantemente aparecen y se difuminan para darle paso a otros nuevos. El ser humano se intelectualiza pues los estímulos resbalan por la caparazón que los habitantes de la gran ciudad llegan a revestir como órgano de protección contra el asalto indiscriminado, contra el desarraigo y el desenraizamiento, contra la fluidez de los contrastes del medio ambiente.

2. La abstracción

El carácter racional o el intelectualismo antes señalado es el escudo con el cual protege el metropolitano su vida subjetiva. Pero es que la ciudad misma se vuelve abstracta; indiferencia tanto a los hombres como a los objetos bajo la forma de mercancías, crea flujos de dinero que se intercambian por otros flujos. La gran ciudad es el lugar de la intelectualización, de la objetivación, de la justicia formal, de la dureza implacable: grandes flujos desindividualizados atraviesan la metrópoli.

* El autor es profesor de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

3. El tiempo urbano

La metrópolis abandona los ritmos orgánicos y biológicos, se des-humaniza en este sentido y los artefactos de medición tanto eléctricos como mecánicos organizan el tiempo urbano. Reloj, dinero, etc., son medidas del tiempo y de su acumulación. El cálculo es así la regla metropolitana.

4. El hastío

El hastiado es el producto típico de la gran ciudad, es el fruto de la estética del shock permanente que perturba el sistema nervioso, le arrancan respuestas violentas hasta el punto de agotar sus fuerzas, de quitarle energía para responder con la misma intensidad a todos los estímulos. Así las cosas se aplanan, son percibidas en su chata indiferencia no por fallas de percepción o por estupidez sino por los efectos igualadores de las fuentes fisiológicas.

5. La reserva

El metropolitano es un hombre que se caracteriza por su reserva para evitar la fatigosa tarea de tener que vérselas cara a cara con miles de personas que se cruzan por su camino a lo largo de la jornada. Esto le sirve como antídoto contra una atomización completa y un estado psicológico inimaginable.

Esta actitud de reserva se manifiesta por una **desconfianza** frente a los elementos inconexos, fugitivos de la vida urbana; por una **aversión** y un sentimiento de extrañeza y de repulsión en relación al otro. Por una **antipatía** que protege al metropolitano de los peligros urbanos, crea las distancias debidas y produce una **nueva forma de socialización**.

6. La libertad

Todas estas características a pesar de su aparente negatividad le conceden al metropolitano una libertad anteriormente desconocida en las pequeñas comunidades. En estas últimas el poder de control y de "normalización" y normativización del individuo según los moldes comunitarios era supremamente rígida. Desde el nacimiento, todos sus pasos existenciales, su inserción al trabajo, su vida sexual y hasta sus pensamientos más íntimos pasan por la censura y la aprobación del conjunto.

Esta libertad no siempre es percibida en su forma gozosa pues también va acompañada de la terrible soledad que produce un alto grado de autonomía.

7. El cosmopolitismo

Las dimensiones funcionales de la gran ciudad sobrepasan a las dimensiones concretas tanto de su propio espacio como de las grandes personalidades aisladas. De esta manera las áreas de influencia tanto concéntricas como excéntricas se acrecientan enormemente dando lugar a lo que se llama cosmopolitismo. Esto quiere decir que la vida de las ideas incluso dispares pueden cohabitar mucho más libremente que en medios más restringidos y pequeños.

8. La fragmentación

Paralelamente la vida metropolitana se vuelve más fragmentaria en todos sus aspectos: de percepción, de encuentros, de amistades, de amores y afectos, de pensamiento, de trabajo, etc. La fragmentación y división del trabajo son aspectos particulares del fenómeno masivo de los flujos fragmentarios de la metrópolis.

La vida se vuelve caleidoscópica, llena de especialistas, de personas que buscan ante otros procesos masificadores la **diferencia, el matiz, la inflexión**.

9. Los objetos

Podría decirse que la cultura de la gran ciudad se caracteriza por ser una cultura del objeto. Es el predominio de la vida objetiva sobre la subjetiva. Este incremento del bienestar y de los dispositivos tecnocientíficos y tecno-económicos no han tenido como resultado una mejoría paralela de la vida espiritual: quizá se pueda incluso percibir una regresión en el sistema de valores, en la fineza, en el idealismo. El metropolitano no se caracteriza por su personalidad orgánica sino por su actitud esquizoide, dividida, fragmentada.

Estas condiciones que caracterizan —según G. Simmel— no se han debilitado sino todo lo contrario, hoy se encuentran reforzadas e incrementadas. Incluso el estado de ánimo que se vive en las metrópolis es de crispación y la civilización en muchos casos depende del flujo eléctrico como en el "black out" de Nueva York o de la decisión de un jurado en un juicio donde se mezclan las leyes, la barbarie de sus esbirros y los problemas multirraciales. Estos no son casos aislados son simplemente la sintomatología cuyas causas profundas están en las mismas condiciones de vida que para bien o para mal produce la metrópolis. En una aproximación entre divertida y sarcástica dice sobre esto Félix de Azúa:

"Nosotros no vivimos el salto originario y eufórico de las metrópolis, sino en su desembocadura. En las playas palúdicas donde los sumideros metropolitanos vierten toneladas de heces, los carroñeros pasean satisfechos e inauguran salones. Su destino, sin embargo, es la libanización. La llegada de la más mínima plaga conducirá al estallido de la muchedumbre, cuyo anuncio son las orgías incendiarias que azotan a Washington, Londres o París, por ráfagas

estivales, con sus coros de pakistaníes, negros o argelinos bailando a la luz de las teas. El ruido, cada vez mas intenso, solo dice eso. Y a pesar de todo, anuncia vida o por lo menos voluntad de vida". (De Azúa, Félix. **Baudelaire y el artista de la vida Moderna**. Pamplona, Pamida Ediciones, 1991, p. 169).

Metropolitanos y telepolitas

La configuración del ser metropolitano contemporáneo pasa también por las transformaciones de los dispositivos tecnológicos que crean nuevos agenciamientos entre los dispositivos sociales y los biológicos. Una nueva naturaleza generada por los avances tecnológicos de la informática y de todos los dispositivos telamáticos permiten la emergencia de una nueva ciudad dentro de las estructuras metropolitanas: la ciudad virtual.

Javier Echeverría señala muy bien en su reciente obra **Telépolis** cómo las imágenes del espacio y del tiempo se transforman: las divisiones espaciales de la urbe son divisiones que pertenecen a la naturaleza mecánica y cibernética. Ahora gracias a las dimensiones planetarias de lo "tele" las imágenes del espacio sufren una gran mutación:

"La segunda mitad del siglo XX está dando lugar a la aparición de una nueva forma de coexistencia entre los seres humanos, que ya no está basada en la concentración de grandes masas de población en un territorio más o menos extenso, sino en su dispersión geográfica. A pesar de esta diseminación territorial, los lazos ciudadanos van siendo lo suficientemente estrechos como para que se pueda hablar de una nueva forma de **polis**, la ciudad a distancia, a la que podemos llamar **Telépolis**. La estructura espacial, topológica y métrica sobre la cual se asienta es completamente distinta a la del recinto cerrado con puertas y salidas controladas que caracterizó a la ciudad estado-griega y renacentista, al **domus** romano, al burgo medieval y a la

ciudad moderna. Las metrópolis generaron cinturones industriales y ciudades-dormitorio y rompieron con la distinción tradicional entre intramuros y extramuros, dando lugar a las áreas metropolitanas abiertas. Se instituyó así un primer principio de distanciamiento espacial entre unos y otros ciudadanos, pero no alteró el concepto de circunscripción territorial, que ha regido las propias reglas de contabilización de los votos y la instauración de una democracia de convecinos, conciudadanos y compatriotas, que Telépolis habrá de cambiar en breve plazo.

Desde el punto de vista metropolitano, los aeropuertos, las estaciones de autobuses y de ferrocarriles, junto con los diversos cinturones de autovías, han seguido desempeñando el papel de las antiguas puertas de entrada en la ciudad y de los caminos y vías que llevan a ella. Telépolis, en cambio, no está asentada sobre un territorio bidimensional que pudiera ser cercado por los círculos concéntricos y vías de salida, ni es reducible a un conjunto de volúmenes edificadas sobre dicha planta: no tiene perspectiva visual, ni geografía urbana dibujada sobre un plano. Es multidimensional por su mismo diseño y ni siquiera desde las alturas es posible acceder a una visión global de la nueva ciudad. Para orientarnos mínimamente en ella ya no valen los antiguos planos de ciudades: hay que recurrir a múltiples bases de datos, cada una de las cuales nos ofrece tan sólo un corte o aspecto. Las posibles delimitaciones que se propongan en la nueva ciudad ya no estarán basadas en la distinción entre interior, fronteras y exterior, ni por lo tanto en las parcelaciones del territorio, sino en estructuras reticulares, arborescentes e incluso selváticas, sin perjuicio de que en la inmensa complejidad venidera podamos llegar a distinguir nuevas formas de identificación y de clasificación rigurosamente estructuradas, al par que eficaces por su presencia social.

Para comenzar a indagar esta nueva estructuración del espacio social, utilizaremos inicialmente un recurso puramente metafórico, mostrando que las componen-

tes clásicas de una ciudad (sus casas, sus manzanas, sus barrios, sus calles, sus plazas, sus subterráneos, sus cementerios, sus vías de salida y de entrada) han cambiado radicalmente al dejar de primar un concepto extensional de la polis y al modificarse su estructura topológica. (...). Se trata de mostrar, por medio de una traslación comparativa entre distintos conceptos urbanísticos y geográficos, la inadecuación de esos mismos conceptos a la hora de representarnos la estructura de hábitat que nos circunda, y que engloba ya todo el planeta" ⁽¹⁾.

Emerge así junto con la ciudad virtual el telepólita, el habitante de estos nuevos flujos y de estos nuevos contenedores y de las nuevas habitaciones. Es suficiente quizá aproximarse a estas nuevas situaciones en obras contemporáneas como las de Ray Bradbury en *Crónicas marcianas* ⁽²⁾ uno de cuyos relatos pertenece a la casa inteligente cuya operatividad se vuelve inhumana en el sentido mismo en que su funcionamiento ya no depende del hombre sino que puede incluso hacerlo desaparecer. Paradójicamente la destrucción de esta casa inteligente acontece por la aparición azarosa en medio de un espacio técnicamente controlado de la naturaleza orgánica que produce un atroz incendio que termina finalmente con el derrumbe total del aparataje robotizado que ya no es tanto una extensión del hombre como diría Marshall McLuhan sino más bien su desaparición.

Estamos así ante una situación similar a la del siglo XIX en el momento en que la naturaleza cibernética llevó a su extremo a la concepción del universo. Ahora la naturaleza cibernética es llevada gracias a la naturaleza "tele" a su punto culminante. El ser humano sufre profundas mutaciones al conectarse con las supuestas prótesis telematizadas y con todos los aparatos que lo

1. Echeverría, Javier. *Telépolis*. Barcelona, Destino, 1995, p. 18-20.

2. Bradbury, Ray. *Crónicas marcianas*. Buenos Aires: Minotauro, 1973.

unen a distancia con todas las otras naturalezas. El metropolitano —ahora telepólita— puede circular por espacios virtuales que se le aparecen más "reales que la realidad" tal como sucede en el *Vengador del futuro* donde el protagonista vive sin saberlo con una memoria prestada la cual le da una identidad diferente a la real. Esta última —su identidad real— se guarda en forma de imagen y este "yo real" es el que guía y le da instrucciones a su "yo imaginario" que habita en el cuerpo real para llevarlo engañado a infiltrarse en las milicias anti-establishment del planeta Marte. En la firma Rekall este ser burlado por sí mismo quiere hacerse injertar una memoria arrendada para un viaje en realidad virtual en donde puede escoger su identidad, el tipo de mujer con la que pasará sus aventuras, el lugar del cosmos a donde quiere dirigirse y muchos otros detalles que ahora se pueden condensar en una pequeña memoria preparada por un sistema computacional.

Lo interesante de esta película basada en un guión de Philip K. Dick es que esta ficción no es ya algo alejado de nuestras actuales posibilidades y es más bien la forma poetizada de nuestra nueva naturaleza "tele". Los acontecimientos de la matanza de Oklahoma y del envenenamiento por gas en el metro de Osaka en Japón lo que pusieron al descubierto fue la existencia de "contenedores virtuales" para grupos o sectas que pueden reunirse en lugares virtuales sin salir de casa. En estas redes y "lugares" se transmiten consignas, se dan instrucciones, se forma a la gente, se crean jerarquías que burlan toda vigilancia estatal centrada aún en los controles cuerpo a cuerpo.

A diferencia de este Estado en *La nueva ciudad de Lisboa* ⁽³⁾ de José Antonio Millán los intelectuales rebeldes son exiliados a una ciudad virtual. La protagonista —Sonia— que ha penetrado en un viaje de

vacaciones al Holocausto creyendo estar en un juego programado por las autoridades muy pronto se ve envuelta en una intriga política de la cual no podrá salir jamás viéndose condenada a compartir su existencia con el grupo de exilados ahora en su nueva realidad virtual.

Pero esta nueva naturaleza que se extiende paulatinamente en todos los ámbitos de la vida no es algo a lo cual podamos sustraernos y nos abre dimensiones desconocidas tanto en lo que se refiere a nuestras memorias como a las formas de educación, trabajo, de comunicación, de viajes y de ocios.

Telépolis —como bien señala Javier Echeverría— es ya una realidad que nos ubica en nuestros agenciamientos telemáticos transformando nuestras antiguas nociones del espacio y del tiempo.

Metropolitanos y ecopolitas

A la par de esta situación que ha permitido la emergencia de la ciudad virtual y del telepólita nos encontramos hoy en "un mundo caracterizado —como dice Fritjof Capra— por sus interconexiones a nivel global en el que los fenómenos biológicos, psicológicos, sociales y ambientales, son todos recíprocamente interdependientes. Para describir este mundo de manera adecuada, necesitamos una perspectiva ecológica que la concepción cartesiana del mundo no nos puede ofrecer" ⁽⁴⁾.

El universo se ha encogido al tiempo que las metrópolis se amplían tanto imaginariamente (o en su forma virtual) como físicamente. No es chiste decir que el esfínter de Bogotá se encuentra en Barranquilla. Los flujos de basuras y desechos ya no circulan por las redes de un cuerpo equi-

3. Millán, José Antonio. *La Nueva Lisboa*. Madrid, Alfaguara, 1995.

4. Capra, Fritjof. *El punto crucial: ciencia, sociedad y cultura naciente*. Barcelona. Integral, 1985, p. 17-18.

librado sino por los vasos comunicantes de un monstruo del cual ya no poseemos su imagen global.

Las metrópolis se vuelven informes y esto nos obliga a adquirir conciencia del impacto global que ellas producen. Félix Guattari así lo señala en un texto titulado **Las tres ecologías**⁽⁵⁾ donde indica la necesidad de una reorientación a escala planetaria de los axiomas y directrices que han manejado los destinos de la vida política, social y cultural en ese monstruoso sistema que él denomina Capitalismo Mundial Integrado, aún dominado por el modelo newtoniano-cartesiano. Este sistema ha supe-
ditado hasta ahora la salud del planeta a los intereses y beneficios económicos de la racionalidad instrumental, tal como ha sido claramente demostrado en las dos últimas reuniones de las Naciones Unidas —la de Brasil el año pasado y la de Alemania este año de 1995— donde los países industrializados no quieren abandonar sus posiciones hegemónicas y los países en vías de desarrollo (aún del modelo maquínico) no quieren asumir los costos sociales y económicos de un proyecto de desarrollo bajo las nuevas pautas ecológicas.

Se requiere una re-orientación eco-sófica que permita un delineamiento post-cartesiano de las praxis humanas en sus diferentes dominios: democracia, arte, deporte y muy especialmente en la arquitectura, el urbanismo, el arte público, que permitan la eclosión de nuevos espacios vitales donde puedan florecer los nuevos tipos de subjetividad post-maquínica.

Si el diseño y la espacialidad gestada por la modernidad heroica y prometeica se caracterizó por su "vitalidad", ahora el paradigma será más bien femenino comenzando por la tarea de conservación, de cuidado, de "ternura" a la que nos vemos obligados.

La cultura metropolitana desde esta perspectiva deberá ser una cultura ecosófica con sus tres vertientes ecológicas: la

mental, la social y la medio ambiental. El imaginario urbano contemporáneo instaura nuevos discursos y en ellos se esbozan las figuras de la sensibilidad ecosófica: Memoria, tradición, historia, símbolo, comunicación, naturaleza, cuerpo, tejido, etc. Nuevas figuras post-cartesianas de la Ciudad-Cuerpo, de la Ciudad-Historia y de la Ciudad-Naturaleza.

Paso también del Super-Ego científicista de la modernidad (con su universo "simbólico" de referencias y metáforas tecno-maquínicas) a una nueva cadena de paradigmas que deberán ser —como dice Guattari— de inspiración ético-estética: dicha cadena significa una recomposición de las prácticas sociales e individuales que se ordenarán "según tres rúbricas complementarias: la ecología social, la ecología mental y la ecología medio-ambiental y bajo la égida-estética de una ecosofía". (**Las tres ecologías**).

"Se impone una responsabilidad y una gestión más colectivas para orientar las ciencias y las técnicas hacia finalidades más humanas" de tal manera que sea posible integrar las actuales revoluciones de la informática, la robótica, la genética, la economía mundial, etc., en el nuevo hábitat y en el nuevo concepto de naturaleza que el hombre está creando. La relación Naturaleza-Cultura se convierte en una interrelación inexpugnable.

"Hay que aprender a pensar transversalmente las interacciones entre eco-sistema, mecano-esfera y universo de referencias sociales e individuales". (**Las tres ecologías**, p. 34-35).

Es importante, por lo tanto, una liberación de las tres ecologías de los paradigmas pseudo-científicos y la constitución de una lógica o razón diferente postmoderna, postcartesiana. (Cf. A. Wellmer. **Dialéctica de la modernidad y de la postmodernidad**)⁽⁶⁾.

5. Guattari, Deleuze. *Las tres ecologías*. Valencia, Pretextos, 1990.

6. Weller, A. "Dialéctica de la modernidad y la postmodernidad". En: Pico, Josep (compilador) y otros. *Modernidad y postmodernidad*. Madrid, Alianza Editorial, 1988.

